



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

LA CHICA DE OJOS VERDES

EDNA O'BRIEN

Traducción de Regina López Muñoz



errata naturae

Para Ernest Gébler

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2014
TÍTULO ORIGINAL: *Girl with Green Eyes*

© Edna O'Brien, 1986

Published by arrangement with Farrar, Straus and Giroux, LLC, New York

© de la traducción, Regina López Muñoz, 2014

El editor agradece la ayuda a la traducción
de Ireland Literature Exchange (translation fund), Dublin, Irlanda
www.irelandliterature.com / info@irelandliterature.com

© Errata naturae editores, 2014

C/ Río Uruguay 7, bajo C
28018 Madrid

info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-65-7

DEPÓSITO LEGAL: M-1387-2014

CÓDIGO BIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada
para Inmedia (Cáceres)

IMAGEN DE PORTADA: © A. C. Photo Collection

MAQUETACIÓN: Natalia Moreno

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Era una tarde lluviosa de octubre, y yo copiaba las cuentas de septiembre del libro de registro, un grueso tomo gris. Trabajaba en una tienda de ultramarinos en la zona norte de Dublín desde hacía dos años.

Mi jefe y su esposa eran gente de campo, igual que yo. Eran amables conmigo, pero muy exigentes también, y me habían prometido un aumento a principios del año siguiente. Nada me hacía sospechar que para entonces ya me habría ido de allí, en pos de una vida diferente.

Debido a la lluvia había pocos clientes, así que rellené apresuradamente las facturas y retomé mi lectura. Bajo el libro de contabilidad había escondido otro para poder leer sin miedo a que me pillaran.

Era un libro precioso, aunque triste. Se llamaba *Suave es la noche*. Me saltaba la mitad de los párrafos, ansiosa por leerlo deprisa, porque quería descubrir si el protagonista dejaría o no a la mujer. Los mejores hombres habitaban en los libros: hombres extraños, complejos, románticos; los que yo más admiraba.

No conocía a ninguno con esas cualidades, salvo el señor Gentleman, y a él llevaba dos años sin verlo. Ya no

era más que una sombra, y lo recordaba igual que una recuerda un vestido bonito que se le ha quedado pequeño.

A las cuatro y media encendí la luz. La tienda parecía aún más destartalada bajo la luz artificial, las estanterías criaban polvo y el techo no lo habían pintado desde que yo había entrado a trabajar allí. Estaba todo agrietado. Me miré en el espejo para comprobar si tenía el pelo bien. Íbamos a salir esa noche, mi amiga Baba y yo. El espejo reflejaba una cara redonda y tersa. Metí las mejillas hacia dentro para parecer más delgada. Cómo me habría gustado ser flaca como Baba.

—Parece como si fueras a tener un bebé —me había dicho ella la víspera al verme en camisón.

—No digas disparates —le respondí. Me angustiaba sólo de imaginármelo. Baba siempre andaba provocándome, aunque sabía perfectamente que yo nunca había ido más allá de los besos con el señor Gentleman.

—Es lo que les pasa a las paletas tontorronas como tú en cuanto bailan con un muchacho —había insistido al tiempo que abrazaba a un hombre invisible y bailaba un vals entre las dos camas de hierro. Luego estalló en una de sus locas carcajadas y sirvió ginebra en las tacitas de plástico transparente donde teníamos los cepillos de dientes, encima de la mesilla de noche.

A Baba le había dado por llevar una botellita de ginebra en el bolso. No es que nos agradara el sabor del gin-tonic, pero nos encantaba su aspecto: admirábamos, cautivadas, su gélido color azulado cuando nos despata-

rrábamos en nuestras camas duras, bebiendo y comportándonos como si fuésemos chicas mundanas.

Baba había regresado a la casa de huéspedes de Joanna tras su estancia en el sanatorio, y todo había vuelto a ser como en los viejos tiempos, sólo que ni ella ni yo teníamos novio. Por supuesto, salíamos y entrábamos —sin echarnos novio formal—, pero las citas entrañaban sus riesgos.

El domingo anterior, Baba había quedado con uno que vendía cosméticos. El chico vino a recogerla en un coche todo cubierto de reclamos publicitarios: REGÁLELE PINK SATIN, PINK SATIN LE DEVUELVE LA LOZANÍA DE LA JUVENTUD. Era un vehículo azul muy llamativo, y las frases estaban escritas en color plata. Baba oyó el claxon y se asomó para evaluar el coche.

—¡Por Dios bendito! Yo en ese vagón de circo no me monto. Baja y dile que me ha dado una hemorragia.

Yo aborrecía la palabra «hemorragia»: era una de esas palabras nuevas a las que recurría para hacerse la interesante. Bajé y le conté al chico que le dolía la cabeza.

—¿Te vendrías tú conmigo?

Le dije que no.

En el asiento de atrás había cajas con folletos y frasquitos de muestra de crema hidratante Pink Satin. Pensé que tal vez me regalaría algo, pero no lo hizo.

—¿Seguro que no quieres ir al cine?

Le expliqué que no podía.

Y sin mediar palabra arrancó y salió del callejón dando marcha atrás.

—Se ha quedado muy triste —mentí a Baba cuando regresé a la habitación.

—Que le sirva de escarmiento. ¿Has sisado alguna muestra? Me vendría muy bien un potingue de esos bronceadores para las piernas.

—¿Cómo iba a coger muestras, con él dentro del coche?

—Pues distrayéndolo. Haberle enseñado el escote, o el atardecer, yo qué sé.

Baba es una insensata. Se cree que la gente es más tonta de lo que en realidad es. Esos tipejos presumidos que venden cosas y tienen tiendas sin duda saben sumar y restar.

—Apenas si ha abierto la boca —añadí.

—¡Ah, conque era de esos callados! —exclamó Baba con mala cara—. Imagínate cómo tiene que ser una cita con él. Venga, ponte el visón, que nos vamos a un guateque.

Me puse un vestido ligero y fuimos a un baile dominical en el centro.

—No vayas a aceptar cigarrillos de esos indios con turbante, que les echan droga —me advirtió Baba.

Corría el rumor de que la semana anterior habían drogado a dos chicas y se las habían llevado a las montañas de Dublín.

¡Cigarrillos con droga, decía! Ni siquiera nos sacaron a bailar; había muy pocos hombres. Podríamos haber bailado juntas, pero Baba sostenía que eso ya habría sido el colmo. Así que nos quedamos allí plantadas, frotándonos la piel de gallina de los brazos y haciendo comentarios sobre los hombres que en un extremo de la sala es-

tudiaban a las chicas que aguardaban sentadas en bancos muy largos. No sacaban a ninguna hasta que no se reanudaba la música, y entonces parecían elegir en función de quién tuvieran más cerca. Nos acercamos a aquella zona de la pista, pero ni por ésas.

Baba prometió que nunca más apareceríamos por un guateque; según ella, teníamos que conocer a gente nueva, diplomáticos y gente por el estilo.

Era lo que yo más deseaba. Algunas mañanas me levantaba convencida de que ese día conocería a un hombre nuevo y encantador. Me esmeraba con el maquillaje y practicaba ejercicios de respiración que me ayudarían a controlar la emoción del momento. Pero las únicas personas con las que trataba eran los clientes o los estudiantes que me presentaba Baba.

Reflexioné sobre ello en la tienda mientras ponía pegatinas rojas en las cuentas que nos debían desde hacía más de tres meses, y preparé los sobres a toda prisa. Nunca mandábamos las facturas por correo, porque la señora Burns insistía en que nos salía más barato que las entregara Willie, el chico de los recados, que justo en ese momento apareció sacudiéndose la lluvia del sudeste.

—¿Dónde te habías metido?

—En ningún sitio.

Como era habitual a aquella hora de la tarde, tomamos un tentempié antes de que se llenara la tienda. Comimos galletas desmenuzadas, uvas y ciruelas pasas, y unas cuantas cerezas. Willie tenía las manos amoratadas y enrojecidas del frío.

—¿Te gustan, Will? —pregunté cuando vi que hacía un mohín al ver mis zapatos blancos nuevos. Las punteras eran tan largas que tenía que subir las escaleras de lado. Me los había puesto porque esa noche Baba y yo íbamos a una degustación de vinos. Nos habíamos enterado por el periódico, y Baba propuso que nos coláramos. Ya nos habíamos infiltrado en otros dos eventos: un desfile de moda y el pase privado de un documental sobre un viaje por Irlanda. (Una sarta de embustes: muchachas de melena oscura paseando por Connemara en combinación roja. No me extraña que tuvieran que proyectarla en privado).

A las cinco y media los clientes acudieron en manada al salir del trabajo, y sobre las seis salió la señora Burns a relevarme.

—El ambiente está muy cargado —le dijo a Willie. Con eso pretendía hacer notar que no debíamos haber encendido la estufita de petróleo. ¡Cargado! Entraban corrientes por todas partes, y entre el suelo y el revestimiento de madera había un gran espacio.

Me retoqué el maquillaje en el recibidor, poniéndome pintalabios y sombra de ojos, y me rocié de perfume Ashes of Roses, cuyo nombre ya era suficiente para hacerme sentir seductora. Willie me pasó a escondidas una bolsa de papel recio para que pudiera meter los zapatos y ponerme las botas de goma. Afuera el agua rebosaba de las alcantarillas y la lluvia golpeaba el tragaluz de la entrada.

—Pórtate bien —me aconsejó al tiempo que me sujetaba la puerta, y se puso a silbar mientras yo corría a refu-

giarme bajo la marquesina que había a unas pocas yardas al otro lado de la calle. Caían chuzos de punta.

El autobús iba vacío, porque muy poca gente se dirigía al centro a esa hora de la tarde. Aún era temprano para ir al cine. Por el suelo había envoltorios de caramelos y cajetillas de tabaco vacías, y apestaba a sudor. Era un barrio pobre.

Me puse a leer un periódico que encontré en el asiento de al lado. Había un largo artículo escrito por un sacerdote que contaba cómo lo habían torturado en China. Yo de aquel tema sabía bastante, porque en el internado donde estudié una monja nos leía historias de ésas los sábados por la noche para distraernos. Nos leía un periódico, *The Standard*, que publicaba innumerables testimonios de curas a los que les habían arrancado las uñas de los pies y monjas encerradas en cuartos oscuros infestados de ratas.

Estaba tan absorta en el largo reportaje del cura irlandés que a punto estuve de pasarme la parada.

Baba me estaba esperando delante del hotel. Parecía un árbol de Navidad. Llevaba un manguito de pieles nuevo y se había fijado el moño con laca.

—¡Madre mía! Pero ¿adónde vas con las botas de agua? —exclamó.

Me miré los pies y caí en la cuenta, afligida, de que me había dejado la bolsa con los zapatos en el autobús.

La única solución era cruzar la calle y esperar a que pasara el mismo autobús en sentido contrario. Como la parada no tenía marquesina, el peinado de Baba se chafó.

Luego, para colmo de males, resultó que mis zapatos no estaban y el conductor era otro. El hombre nos dijo que su compañero probablemente los habría llevado a la sección de objetos perdidos antes de irse a cenar.

—Llamad a partir de las diez de la mañana —nos aconsejó. Baba, al oír aquello, dijo: «¡Hasta otra!», y dio una carrera hasta el hotel. La seguí, muy desanimada.

No resultó fácil entrar, a pesar de que Baba explicó a la chica de la entrada que éramos periodistas. Rebuscó en el bolso, reconoció que debía de haberse dejado las invitaciones en casa y las describió: eran unas cartulinas de color rosa con una orla dorada. Lo sabía porque la azafata llevaba una pila de invitaciones en la mano a cuyos bordes dorados daba toquecitos, impaciente. A Baba le temblaban las manos mientras registraba el bolso, y se le colorearon las mejillas. La lluvia había convertido en churretes el colorete.

—¿De qué medio son ustedes? —preguntó la muchacha. Se había formado una pequeña cola detrás de nosotras.

—De *Woman's Night* —contestó Baba. Llevaba preparada la respuesta. No existía tal revista.

—Pasen —dijo de mala gana, y por fin pudimos entrar.

Las botas de goma chirriaban al avanzar por el suelo encerado, y me imaginé que todo el mundo estaría mirándome. Era una sala muy suntuosa: lámparas de araña, cortinajes de terciopelo azul oscuro y un rumor de música de baile.

Baba divisó a nuestro amigo Tod Mead y fue a su encuentro. Tod era encargado de relaciones públicas de una

importante fábrica de lana, y lo habíamos conocido en un desfile de moda hacía pocas semanas. En aquella ocasión nos había llevado a tomar café y había intentado llevarse a Baba al huerto. Se las quiso dar de hombre hastiado de la vida, pero se notaba que era pura fachada, porque se atiborró a pan con mermelada. Sabíamos que estaba casado, pero no conocíamos a su mujer.

—¡Tod!

Baba se acercó, trastabillando debido a los tacones. Él le besó la mano y nos presentó a las dos personas con las que estaba. Eran una periodista ataviada con un enorme sombrero negro y un hombre extraño de tez cetrina que se llamaba Eugene Gaillard. Este último dijo: «Encantado de conocerlos», aunque no parecía en absoluto encantado. Tenía un rostro melancólico, y Tod nos contó que era director de cine. Baba exhibió su sonrisa de suficiencia mostrando al mismo tiempo los hoyuelos y el diente de oro. «Hizo tal y cual», explicó Tod, nombrando una película de la que yo no había oído hablar en mi vida.

—Un clásico del documental, un clásico —apostilló la periodista.

El señor Gaillard la miró, muy serio, y dijo:

—Sí, es magnífico; un retrato pasmosamente realista de la pobreza.

Su cara alargada adoptaba una curiosa expresión de desdén al hablar.

—¿Qué está haciendo ahora? —se interesó la mujer.

—Me he hecho granjero —contestó.

—Hacendado, más bien —corrigió Tod.

La periodista propuso acercarse a visitarlo un día para publicar un reportaje sobre él. Iba muy bien vestida y apeataba a perfume, pero tenía más de cincuenta años.

—Más nos vale conseguir algo de tinto —me dijo Baba. Le había molestado que ninguno de los dos se hubiera ofrecido a traerle vino. La seguí en dirección a la larga fila de mesas dispuestas a un lado de la sala. Detrás de las mesas, cubiertas con manteles blancos, varios camareros servían copas de vino blanco y tinto.

—No han sido muy amables —masculló Baba.

Oí sus voces y distinguí que Tod decía:

—Ésa es la intelectual entrada en carnes de la que te hablé.

—¿Cuál de las dos? —preguntó Eugene Gaillard, sin mucho interés.

—La del pelo largo y las botas de goma —aclaró Tod, y oí que se reía.

Fui corriendo a por algo de beber. Había bandejas con galletitas saladas, pero no las alcanzaba y me dio mucha hambre, pues no había cenado nada.

¡«Intelectual entrada en carnes»! Aquello se me clavó en el alma.

—Qué estilo tan original el tuyo: botas de goma y sombrero de plumas —dijo Eugene detrás de mí, y reconocí su delicada voz sin tan siquiera darme la vuelta—. Hace falta valor —añadió. Era alto, casi tanto como mi padre.

—No tiene ninguna gracia. Es que he perdido los zapatos —reconocí.

—¡Pero aparecer con las botas de agua es muy original! Podría ser el comienzo de una moda. ¿Nunca has oído hablar de esos hombres que sólo son capaces de hacer el amor con chicas que llevan puesto un chubasquero de plástico?

—Pues no —reconocí con pesar, avergonzada de mi ignorancia.

—Háblame de ti —dijo entonces, y, sin saber el porqué, de pronto me sentí muy a gusto con él. No se parecía a ninguna de las personas que yo conocía, tenía la cara alargada y cenicienta. Me recordaba a la efigie de un santo esculpida en piedra gris que veía todos los sábados en la iglesia—. ¿Quién eres, a qué te dedicas? —quiso saber, pero no tardó en percatarse de mi timidez y tomó la palabra. Me explicó que estaba allí porque se había encontrado con Tod Mead en Grafton Street y éste lo había arrastrado—. Vengo por el ambiente, no por el vino —dijo, fijándose en las ménsulas doradas, en las cortinas afelpadas y en una mujer alta y misteriosa con zarcillos negros que estaba sola junto a la ventana. Si al menos se me ocurriera algo interesante que decirle...

—¿Cuál es la diferencia entre el vino blanco y el vino tinto? —pregunté. Él no bebía nada.

—Pues que uno es blanco y otro es tinto. —Se echó a reír.

Entonces llegó Baba con el manguito blanco en una mano y un puñado de patatas fritas en la otra.

—¿Ya te ha estado contando María de los Dolores las penas de su espantosa infancia? —Se refería a mí.

—Todas, de la primera a la última —repuso él.

Baba hizo amago de fruncir el ceño, pero enseguida soltó una de sus risotadas falsas y empezó a mover las manos arriba y abajo a la altura de los ojos.

—¿Qué es esto? —preguntó. Lo repitió tres veces, pero él no lo adivinaba—. Mano-ojo-pasa: ¡un manojito de pasas! Ja, ja, ja.

Le contó a Eugene Gaillard que llevaba el consultorio sentimental de *Woman's Night* y que se lo pasaba pipa leyendo las cartas tan graciosas que llegaban.

—Mira, ayer —encadenó— recibí una de una pobre mujer de Ballinasloe que decía: «Querida señora: mi esposo me hace el amor los domingos por la noche, cosa que me resulta hartito inapropiada porque los lunes es día de colada y estoy siempre exhausta. ¿Qué puedo hacer para no herir la sensibilidad de mi marido?». Y yo le contesté: «Señora Ballinasloe: haga la colada los martes». —Alzó las manitas para resaltar con qué facilidad solucionaba los problemas de esta vida y él rió por compromiso.

—Baba es una chica muy risueña —me dijo, aún sonriendo. ¡Como si yo tuviera que reírle las gracias! Aquel chascarrillo era mío, lo había leído yo en una revista un día que tuve que esperar dos horas en la clínica dental para que me empastaran una muela. Cuando regresé a casa se lo conté a Baba, y ella, desde entonces, se lo contaba a todo el mundo. Baba había espabilado mucho en el último año: entendía de vinos y se había apuntado a esgrima. Decía que la clase de esgrima estaba llena de se-

ñoras con pantalones que la invitaban a casa a tomar chocolate caliente.

En ese momento apareció Tod Mead agitando una copa vacía.

—Se está acabando la bebida, ¿por qué no nos vamos a otro sitio? —propuso a Eugene.

—Estas chicas tuyas son muy simpáticas —contestó Eugene, y Baba empezó a tararear: *Personas simpáticas de gestos simpáticos que están sin blanca...*—. De acuerdo, iremos a cenar.

Antes de salir, Baba pidió que envasen contra reembolso doce botellas de vino blanco del Rin a Joanna, nuestra casera. El objetivo de la degustación era que, una vez que la gente probase los vinos, comprara alguno. Yo sabía que Joanna se pondría hecha un basilisco.

—¿Quién es Joanna? —preguntó Eugene mientras nos dirigíamos a la puerta. Nos despedimos de la periodista y de un par de personas más.

—Ya te contaré durante la cena —dijo Baba.

Mis codos rozaron los de Eugene, y en las piernas noté entonces esa sensación paralizadora que no había experimentado desde que el señor Gentleman y yo dejamos de vernos.